

La ira y el perdón

Resentimiento, generosidad, justicia

Curso John Locke de Filosofía
Universidad de Oxford, primavera de 2014



Sección de Obras de Filosofía

Primera edición en inglés, 2014
Primera edición en español, 2018
Primera edición electrónica, 2018

Título original: *Anger and Forgiveness. Resentment, Generosity, Justice*
© 2016, Oxford University Press

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

D. R. © 2018, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6141-8 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Sumario

Agradecimientos

- I. Introducción. Las Furias se transforman en Euménides
- II. La ira: debilidad, venganza, ultraje
- III. El perdón: una genealogía
- IV. Relaciones íntimas: las trampas de la ira
- V. La esfera media: estoicismo restringido
- VI. La esfera política: justicia cotidiana
- VII. La esfera política: justicia revolucionaria
- VIII. Conclusión. Los ojos del mundo

Apéndice A. Las emociones y Paisajes del pensamiento

Apéndice B. La ira y la culpa

Apéndice C. La ira y sus especies

Bibliografía

Índice analítico

Índice general

Aceptaré la vecindad de Palas

...

Sobre [la ciudad] yo imploro

con predicción gentil

¡que la feraz prosperidad de una vida provechosa

haga brotar de la tierra

la radiante claridad del sol!

ESQUILO, *Euménides*, vv. 916-926¹

La persona de temperamento gentil no es vengativa, sino, por el contrario, empática.

ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea*, 1126a, 1-3

Debemos mirar al mundo cara a cara, con calma

y ojos serenos, aunque los ojos del mundo estén hoy inyectados de sangre.

MAHATMA GANDHI, 8 de agosto de 1942,

mencionado en Jawaharlal Nehru,

El descubrimiento de la India, cap. 1, p. 38

Apéndice A

Las emociones y *Paisajes del pensamiento*

El análisis de la ira y el perdón que aparece en el presente libro se puede entender por completo sin estudiar la teoría de las emociones que desarrollé en *Paisajes del pensamiento*. No obstante, con el fin de tener un entendimiento más profundo del trasfondo teórico, algunos lectores pueden interesarse en un breve resumen de sus principales planteamientos.

En los primeros capítulos de *Paisajes del pensamiento* defiendo una concepción de las emociones de acuerdo con la cual todas contienen pensamiento intencional o percepción dirigida a un objeto (según lo percibe o imagina la persona que tiene la emoción) y cierto tipo de valoración del objeto desde el punto de vista personal del agente. Esta valoración adscribe importancia al objeto a partir del esquema de metas y fines del agente. Por lo tanto, no sentimos dolor por cada muerte del planeta, sino sólo por las muertes de las personas que nos parecen importantes en nuestras vidas; no tememos a todos los acontecimientos negativos, sino sólo a aquellos que parecieran significar una amenaza seria para nuestros proyectos, etc. No es necesario que estas valoraciones sean parte de creencias completas, aunque suelen serlo; de hecho no es necesario que incluyan lenguaje o complejidad alguna. La mayoría de los animales valoran, al menos de algún modo, los objetos desde la perspectiva de su sentido de bienestar y tienen emociones como resultado de esto. Lo único necesario es que vean un objeto (un poco de comida, por ejemplo) que consideran bueno desde la perspectiva de las búsquedas y metas de la criatura. De igual modo, los infantes muy jóvenes que aún no pueden hablar son capaces de tener muchas emociones porque tienen un sentido innato de lo que es bueno y malo para ellos y de la manera en que los objetos y los acontecimientos contribuyen a esto.

Algunas emociones son *situacionales*, están fijas en un conjunto particular de circunstancias; otras son de *trasfondo*, lo que significa que son continuas en la estructura de la vida (por ejemplo, el miedo a la muerte que acompaña a la mayoría de las personas), pero también pueden volverse más concretas cuando se enfocan en un acontecimiento particular (una amenaza específica a la vida de una persona). Las emociones de trasfondo en ocasiones se experimentan conscientemente, pero no siempre.

El miedo a la muerte suele motivar comportamientos sin que sea un objeto de la conciencia.

El resto del capítulo I del libro investiga el papel de los elementos no cognitivos (sentimientos, estados corporales) en las emociones. Mi argumento es que, aunque algunos de dichos elementos se encuentran presentes en casi toda nuestra experiencia emocional y aunque, ciertamente, todas las emociones humanas y animales se materializan de alguna forma, estos elementos no cognitivos no tienen la constancia y asociación regular con el tipo de emoción que sería necesaria para incluirlas en la definición de una emoción de un tipo particular. Incluso con una tan simple como el miedo, que ciertamente suele estar asociada con algo como temblar, existen numerosos contraejemplos, incluido el miedo a la muerte. La mayoría experimenta ese miedo casi todo el tiempo, de un modo que tiene realidad psicológica y poder motivacional, pero (por lo regular) no experimentamos temblores. Por lo tanto, en este caso no sólo no hay una sola sensación, sino que, en ocasiones, tampoco hay un sentimiento consciente. Con otras emociones más complejas, como la aflicción o la compasión, suele haber algún tipo de sentimiento asociado (aunque, una vez más, no siempre), pero ni siquiera es sencillo comenzar a identificar, de modo general, las sensaciones corporales que pertenecerían a esas emociones. Además, en ocasiones, incluso cuando creemos haber identificado dichos elementos (la aflicción se siente como un dolor en el estómago, por ejemplo), descubrimos, tras una inspección más cercana, que se puede seguir sintiendo aflicción por un tiempo mientras cambian las manifestaciones corporales, en ocasiones de modo marcado. (Una persona que siente aflicción puede sentir dolor, en otros momentos agotamiento, en otros puede sentirse dotada con energía extra, pero estaría mal decir que no sigue afligida). La compasión no tiene ninguna asociación cercana con una sensación particular. El amor está acompañado por muchas sensaciones cuya diferencia resulta desconcertante, pero en ocasiones tampoco está marcado por ninguna sensación (el amor de un padre por su hijo puede continuar sin estar vinculado con una sensación particular).

Podemos insistir aun en que las emociones suelen sentirse de modo visceral y profundamente agitante (aunque no las que no son conscientes). Lo que debemos evitar es asociar un tipo de emoción específico con un conjunto particular de sensaciones. Además, debemos entender de modo correcto en qué consiste esta agitación. Aquello que se siente doloroso y visceral en las emociones no suele ser independiente de su dimensión cognitiva. La muerte de un ser querido difiere de un virus estomacal porque destruye con violencia la estructura de apego, esperanza y expectativas que hemos construido en torno a esa persona.

Con los estados físicos parece ocurrir lo mismo que con los sentimientos. Si bien aprendemos más cada vez sobre el cerebro y el papel que desempeña en muchos tipos de

emociones, y si bien indudablemente debemos aprender tanto como podamos, aún no tenemos una explicación de una emoción particular, ni siquiera de la emoción relativamente simple que es el miedo, que la identifique con cambios de un tipo particular en un área específica del cerebro. Tras estudiar la obra de Joseph Le Doux, concluyo (en concordancia con él) que tenemos razones para pensar que el miedo tiene precursores o concomitantes comunes en un área particular del cerebro; sin embargo, esto no significa que, una vez que se aprende el miedo, no pueda haber casos de la emoción en los que no esté acompañada de cambios en esa parte del cerebro. Una vez más, el caso del miedo a la muerte resulta instructivo.

No dependo de este aspecto relativamente controversial de mi teoría en ninguna parte del presente libro, aunque aún me parece correcta e importante. Ni siquiera creo que sea tan controvertida si se toman en cuenta todas mis reservas.

A continuación, al investigar las emociones de los animales no humanos en el capítulo II, argumento que no debemos entender el contenido cognitivo de las emociones como si estuviera relacionado, en cada caso, con algo similar a la aceptación de una proposición que se pueda formular lingüísticamente. Muchas emociones, tanto humanas como no humanas, contienen sólo una especie de identificación cargada de análisis, en la que la criatura ve el objeto como relevante para su propio bienestar. En lo que concierne a los humanos, este tipo de emociones más simples es particularmente común en infantes que aún no hablan, pero pueden continuar también en los adultos, como ocurre con muchas emociones infantiles. Además, incluso con las emociones complejas que tienen algo similar a una estructura proposicional, sería incorrecto pensar que esta estructura siempre toma una forma lingüística o se puede formular con el lenguaje sin una traducción torpe. Al considerar las emociones en la música (que estudio en el capítulo V) nos damos cuenta de que el lenguaje no sólo es una estructura simbólica capaz de expresión emocional rica, y no hay razones para pensar que la formulación lingüística de una emoción siempre ocurra en primer lugar.

El capítulo III se vuelca en el papel que desempeñan la sociedad y las normas sociales en la construcción de un repertorio emocional. Normas sociales y circunstancias sociales específicas dan forma al contenido cognitivo de las emociones; proporcionan instrucción para la manifestación de una emoción, pero también informan más profundamente las valoraciones que conforman una emoción y pueden crear tipos específicos de emoción que son únicos de una sociedad específica. Las características compartidas generales de la vida humana también tienen una gran influencia, pero incluso estas circunstancias (la mortalidad, las enfermedades corporales) tienen manifestaciones distintas dependiendo de la sociedad. En ocasiones normas sociales divergentes informan sólo de las opiniones de las personas en torno a los objetos adecuados de una emoción específica (a qué es apropiado temerle o por qué sentir

aflicción). No obstante, en ocasiones además informan acerca de la taxonomía emocional misma, lo que produce maneras sutilmente distintas de ira, pena y miedo. Por lo tanto, si se utiliza esta explicación en este caso, la ira es, en cierta forma, un universo cultural, pues en todas las sociedades las personas reaccionan a los daños injustos y al deseo de venganza, pero las normas sociales relacionadas con lo que es un insulto, el honor, la masculinidad, etc., dan forma a tipos específicos de ira.

Más adelante estudio (en el capítulo IV) el carácter evolutivo de las emociones humanas. Nuestras primeras experiencias emocionales preceden a la adquisición del lenguaje e incluso a la individuación segura de objetos. Además, el pensamiento causal que incluye la ira, si bien se presenta antes de lo que muchos habían pensado, aún tarda en desarrollarse. Estos hechos no sólo influyen en la vida emocional de la infancia, sino en la historia posterior de una persona. Los patrones arcaicos suelen perdurar en la vida adulta, por debajo de la estructura usualmente elaborada del amor y la pena en los adultos. (Esta parte de *Paisajes del pensamiento* es similar a mi explicación del desarrollo humano en el capítulo VII de mi libro *Emociones políticas*, mismo que, no obstante, la supera en muchos aspectos, pues discute el papel del amor en la superación de la ansiedad y la culpa infantiles).

Un tema particularmente delicado es la dificultad de distinguir entre *emociones de trasfondo* que persisten a lo largo de situaciones de muchos tipos y humores. Los humores (según los entiendo) son objetos sin estado, que carecen de la intencionalidad de las emociones completas. Son humores la tristeza sin objeto, la medrosidad global, la irritabilidad crónica, un estado de depresión endógeno. No obstante, si tomamos en cuenta el carácter imperfecto de nuestro conocimiento de nosotros mismos, resulta muy difícil distinguirlos entre emociones cuyo objeto es muy general o desconocido para la persona. Tomemos como ejemplo la depresión. Algunas depresiones pueden tener causas puramente químicas y carecer de objeto; sin embargo, en ocasiones las personas están deprimidas por sus vidas y sus perspectivas, aunque en un sentido muy general. Su depresión tiene un objeto, aunque es sumamente general. Pueden estar deprimidas también por alguna crisis o pérdida en el pasado y no ser del todo conscientes de ello. En dichos casos suele necesitarse terapia para descubrir las raíces de la depresión, determinar si tiene un objeto y, de ser así, cuál. Lo mismo ocurre con el miedo.

¿Qué ocurre con la ira? Las personas que sufren de irritación crónica suelen sentir ira contra algo o alguien, pero no pueden descubrir las raíces de su estado emocional. Asimismo, su ira puede tener un objeto sumamente general: un universo que les parece injusto o sólo un conjunto de perspectivas de vida en que nunca se les trata con el respeto que merecen. Según hemos detectado, dicha irritabilidad puede relacionarse con una sensación de impotencia: las personas pueden sentirse extremadamente vulnerables y, por consiguiente, sentir que “las lanzas y flechas del indignante azar” se dirigen

injustificadamente en su contra. ¿Acaso existe una irritabilidad que sea meramente endógena y carezca de intencionalidad? Ciertos estados físicos (por ejemplo, la tensión premenstrual, al menos en la experiencia de algunas mujeres) en ocasiones efectivamente parecen predisponer a una persona al enfado o la ira, pero quizá lo hagan mediante la creación de una sensación de impotencia, debilidad o falta de atractivo que predispone a la persona a pensar que el mundo, o las personas en su vida, están en su contra de alguna manera y no mediante una causación endógena directa. Este tema es complicado y se entiende mal.

No obstante, la existencia de dichos casos límites y difíciles no pone en duda una explicación intencionalista de las emociones. Es probable que cualquier demarcación de categorías deje casos poco claros, pues el mundo no está preordenado a conveniencia de los filósofos.